

LUÍS CLÁUDIO VILLAFANE G. SANTOS, ***EL IMPERIO DEL BRASIL Y LAS REPÚBLICAS DEL PACÍFICO, 1822-1889***, BIBLIOTECA DE HISTORIA
No. 23, QUITO, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR/CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL/FUNDAÇÃO
ALEXANDRE DE GUSMÃO, 2007, 168 pp.

El texto del diplomático e historiador brasileño Luis Cláudio Villafañe se inscribe en el poco incursionado campo de la historia de las relaciones internacionales de las naciones latinoamericanas. Específicamente, Villafañe acomete el lado más oscuro de esta materia: las relaciones del imperio del Brasil con Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, es decir las repúblicas del Pacífico. Aborda este intento desde la mirada del imperio.

El autor describe, desde este *locus* de enunciación, cómo evolucionaron las relaciones del imperio con las repúblicas del Pacífico, para esta tarea se sirve de la periodización de la historia latinoamericana que propone el historiador argentino Tulio Halperin Donghi, de quien también toma herramientas teóricas. En un primer período (1822-1850) estas relaciones se caracterizaron por ser exiguas; el imperio se abocó más hacia Europa, primó la mutua desconfianza y la política exterior de Brasil y de las repúblicas del Pacífico se restringió por las disputas internas que los asolaban. En un segundo período (1850-1861) se gesta la consolidación del Estado brasileño y por tanto de su política exterior. Se definieron los puntos de interés del imperio con otras naciones: el tráfico de esclavos, la cuestión del Río de la Plata, la fijación de límites con los países que lo circundaban y el tema de la navegación fluvial. Brasil y Chile despuntan como naciones líderes en Sudamérica.

El tercer período (1850-1883) se distinguió por los conflictos bélicos en la región. Primero la guerra declarada contra España por parte de Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, coalición que se denominó la “Cuádruple alianza”, entre 1864 y 1866, en la que el papel cauteloso jugado por el imperio fue interpretado como favorable a España. Luego vino la guerra de la “Triple Alianza”, Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay, (1865-1870), que generó protestas por parte de Chile, Bolivia, Colombia e inclusive la ruptura de relaciones diplomáticas del imperio con Perú. Y, finalmente, la “Guerra del Pacífico” (1879-1883) que enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia frente a la cual Brasil

proclamó su neutralidad. En el cuarto período, 1884-1889, marcado por los últimos años del imperio, la política exterior de Brasil se retrajo. Con las repúblicas del Pacífico solo se encontraba pendiente el arreglo de límites con Colombia. Las relaciones con Chile se mantuvieron fundamentadas en el mito de la “alianza informal”. Brasil y América Latina estaban adaptándose a un nuevo contexto internacional que, en el caso de las naciones sudamericanas, condujo a una reorientación de sus intereses hacia Estados Unidos.

En el libro que reseñamos los factores económicos tienen importancia primordial para explicar el desenvolvimiento tanto de la política interior como de la exterior de los países examinados. Todas las fuentes primarias, que son el armazón de este trabajo, son tomadas de repositorios documentales brasileños, especialmente del Archivo Histórico de Itamaraty y lo mismo podemos decir de la bibliografía secundaria, donde la mayoría de textos utilizados son de autores brasileños o brasileñistas. El estudio hubiera resultado más fecundo si se hubieran confrontado estos documentos con las fuentes primarias contenidas en los archivos históricos de las cancillerías de las repúblicas del Pacífico. También habría sido pertinente que se consulte más bibliografía escrita sobre el tema desde los países que comprenden las repúblicas del Pacífico, además de la chilena. En este sentido, por ejemplo, el vasto y contundente libro de Juan Miguel Bákula, *Perú: entre la realidad y la utopía, 180 años de política exterior*, y particularmente el amplio capítulo concerniente a las relaciones del Perú con Brasil, incluido en él, hubiera iluminado más el texto de Villafañe.

Luego de estas breves observaciones, diremos que el libro de Luís Cláudio Villafañe, construido con una narrativa clara y coherente y con una analítica hermenéutica, elucida y sistematiza por primera vez importantes aspectos de la vida de las naciones sudamericanas. Es, sin duda, un referente obligado para quien estudie la historia de las relaciones diplomáticas, internacionales y la política exterior de América Latina.

Maritza Aráuz

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

RICARDO DEL MOLINO GARCÍA, **GRIEGOS Y ROMANOS EN LA PRIMERA REPÚBLICA COLOMBIANA. LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA EN EL PENSAMIENTO EMANCIPADOR NEOGRANADINO (1810-1816)**,

BOGOTÁ, ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, 2007, 246 pp.

El tema de este libro es una expresión más de las posibilidades que tienen los historiadores de crear nuevos objetos y problemas historiográficos. Puede afirmarse que el conocimiento del pasado humano, independiente de

las fuentes a partir de las cuales es producido, y por las mismas permanencias (mentales, culturales e idiomáticas) del pasado en el presente, conduce con frecuencia a los agentes históricos a buscar en las experiencias de otros tiempos, en los éxitos y fracasos de ciertos individuos, pautas de comportamiento para enfrentar las situaciones del presente. En gran medida, todo depende de los usos políticos que tiene el conocimiento del pasado, el cual en determinadas épocas ha servido para proponer a las sociedades modelos de nación, Estado y ciudadanía. Valga mencionar la forma como se utilizó el legado clásico y los modelos históricos de las sociedades ateniense y espartana en la Revolución francesa y en los diferentes procesos de formación de los estados nacionales, para entender la eficacia política del conocimiento histórico.

Desde una perspectiva crítica, Domingo Plácido Suárez plantea que han sido varios los renacimientos del mundo clásico y se han caracterizado por la confusión de elementos, muchas veces contradictorios, de las civilizaciones grecolatinas. Se mezcla lo arcaico con lo helenístico, lo aristocrático y lo popular, dándose una manipulación de los modelos para servir como fundamento ideológico en la afirmación de lo actual. En ocasiones como fuente de supuestas lecciones históricas y en otras para darle prestigio y solidez a posturas renovadoras. En la Europa moderna, por ejemplo, se elaboró una imagen estática de la civilización griega, modelo del arte, la literatura, la política y el pensamiento, pero, a fin de cuentas, ahistórica.¹ Uno de los temas fundamentales fue la definición de la democracia, objeto de las preocupaciones de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Hegel, Grote y Droysen, entre otros.

Cada uno de estos autores le dio acentos diferentes a la imagen que sobre Grecia intentó proyectar, respondiendo a sus intereses ideológicos. Sus ideas sirvieron para animar los debates en el contexto de la Revolución francesa y el surgimiento de los estados nacionales en Europa. Algunos se inclinaron por el modelo espartano, supuestamente más igualitario, autoritario y frugal, mientras que otros prefirieron el modelo ateniense, aristocrático y liberal, aunque imperialista.² Según el historiador Pierre Vidal-Naquet, Voltaire era partidario de Atenas, mientras que Rousseau lo era de Esparta y en el debate se oponían “no tanto la libertad y la igualdad, incluso la democracia y el espíritu oligárquico, como el lujo (Atenas) y la frugalidad (Esparta), los valores del comercio y los de la guerra”.³ Lo cierto es que durante los sucesos de la Revolución francesa ambos modelos definieron posturas políticas y luego de ensayar matices espartanos, la burguesía

1. Domingo Plácido Suárez, *Las claves del mundo griego*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 12 y ss.

2. *Ídem*, pp. 20 y ss.

3. Pierre Vidal-Naquet, “Democracia: un invento de Atenas”, en Georges Duby, dir., *Los ideales del Mediterráneo*, Icaria/Antrazyt, 1997, p. 92.

encontró en Atenas su modelo para la institución de la democracia liberal.⁴

Como puede verse, el estudio de la recepción, apropiación e influencia del legado clásico en las sociedades modernas constituye un campo de estudio de amplias posibilidades. No obstante, estos estudios se han centrado en dos casos de tránsito del Antiguo Régimen a la Modernidad, a saber, la Revolución francesa y la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Existe, por tanto un vacío en cuanto a la recepción e influjo de la cultura grecolatina en los procesos de Independencia de los territorios que hasta comienzos del siglo XIX pertenecieron a la corona española. Ése es el objetivo del libro de Ricardo del Molino García: “El único propósito de este estudio es mostrar que la Historia y la Cultura grecorromanas estuvieron integradas en el pensamiento formal público de los criollos neogranadinos durante la Primera República colombiana, de un modo similar al que se dio con anterioridad en los procesos de Tránsito a la Modernidad estadounidense y el francés, y que por lo tanto merece ser considerado un objeto de estudio histórico y político con entidad propia”.⁵

Se trata de un estudio, como lo declara el propio autor, y por tanto sus alcances deben ser ponderados en su justo valor. Resultado de una pesquisa predoctoral en diversas fuentes impresas existentes en Colombia y España, básicamente recurre a periódicos, folletos, hojas sueltas y los textos publicados por los próceres criollos de la Nueva Granada. Es un estudio juicioso, ordenado y metódico que recopila oraciones, proclamas y discursos en los que afloran citas o evocaciones al pensamiento o el legado político, ideológico y filosófico de las culturas grecolatinas. Según la apreciación de Diana Bonnett Vélez, prologuista de la obra, ésta resulta sugerente en varios aspectos: “evidencia la fuerza del lenguaje político clásico en las generaciones forjadoras de la Primera República; nos acerca a la plasticidad del lenguaje para adaptarse a los distintos tiempos y espacios; reconstruye la historia de la lectura de la sociedad letrada neogranadina recreando sus representaciones e imaginarios inspirados en los clásicos; rehace las vías de acceso a través de las cuales los próceres neogranadinos adquirieron su Cultura Clásica”.⁶

A medida que el lector se adentra en este trabajo puede percibir que, en efecto, se trata de un libro marcado por el orden, la descripción y la presentación cronológica de las evidencias relacionadas con la apropiación y

4. *Ídem*, p. 96.

5. Ricardo del Molino García, *Griegos y romanos en la Primera República Colombiana. La antigüedad clásica en el pensamiento emancipador neogranadino (1810-1816)*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 2007, p. 16.

6. Diana Bonnett Vélez, “Prólogo”, en *ídem*, p. 12.

recepción del legado clásico por parte de los próceres neogranadinos. Es más, puede observarse incluso la manera como fueron compuestos los diferentes capítulos. Por cierto, no se trata de una propuesta muy innovadora, limitándose a una clasificación de los datos a partir del criterio de la adscripción de notabilidades de la época a determinados proyectos estatales. El primero de ellos es el referente a Cundinamarca, uno de los estados que surgen en 1810, al ser reasumida la soberanía por parte de una Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada. Las primeras alusiones a las culturas grecolatinas son tomadas de dos epístolas enviadas por José Acevedo y Gómez, la primera a su primo Miguel Tadeo Gómez y la segunda al quiteño Carlos Montúfar, en las que propone que Santafé de Bogotá se había convertido en la “Esparta de América, terror de los tiranos” y en donde expresa estar animado por el espíritu de Bruto, y consagrado a los intereses del Pueblo, “como otro Tiberio Graco”.⁷ El resto del capítulo se estructura a partir de una presentación en orden cronológico de las citas y evocaciones del mundo grecorromano publicadas en los periódicos *La Constitución Feliz*, *Diario Político de Santafé de Bogotá*, *El Aviso al Público*, *La Bagatela*, *La Gazeta Ministerial de Cundinamarca* y *El Montalván*, entre otros.

Con la misma estructura fue elaborado el capítulo segundo, referente a las Provincias Unidas (1810-1814), en el que se presentan las referencias clásicas de los periódicos aparecidos hasta 1815 en los estados federalistas de Cartagena, Tunja y Antioquia. Incluye además una exposición de las alusiones al mundo clásico incluidas en los periódicos y otros impresos de Santafé de Bogotá, Tunja y Antioquia, publicados durante 1815 y 1816. Como puede verse, en estos dos capítulos el autor se limita a mostrar las evidencias que le permitan constatar que los próceres neogranadinos tenían en su horizonte discursivo al mundo grecolatino, sus escritores y pensadores. No obstante, como dice Vidal Naquet, “La constatación de un hecho no comporta ciertamente su explicación”.⁸ Al parecer, el autor está poco interesado en explicar, comprender e interpretar el material que tiene en sus manos; quizás por ello hizo el análisis del material empírico no desde un problema sino desde la cronología. Los textos y autores clásicos citados en las publicaciones del período de la Independencia no le suscitan una interpretación del sentido de los mismos a partir de la coyuntura política a la que corresponden.

No se puede negar que Ricardo del Molino contextualiza de manera adecuada ambos capítulos, pero dichas elaboraciones en torno a las coyunturas políticas no son empleadas para establecer la relación de estas con las referencias clásicas. Tampoco suscitan mayores reflexiones al autor interesantes

7. Ricardo del Molino García, *Griegos y romanos*, pp. 21-22.

8. Pierre Vidal-Naquet, “Democracia: un invento de Atenas”, p. 74.

polémicas que se dieron entre los periódicos santafereños y los de otros estados, como el ocurrido en 1812 entre *La Bagatela* de Antonio Nariño y un grupo de impresos cartageneros integrado por *El Montalván*, *El Carraco* y *La Contrabagatela*, en los que se debate el problema del centralismo contra el federalismo, y en los que llegó a establecerse un símil entre el centralismo de Santafé de Bogotá con respecto a Cartagena y la relación conflictiva entre la Roma imperial y Cartago.

En el tercer capítulo se rastrean las vías de aprendizaje del latín y las culturas clásicas disponibles en el Nuevo Reino de Granada antes y durante la época de la Independencia. Concluye que, a pesar de las dificultades generadas por la expulsión de los jesuitas en 1767, se abrieron cátedras de Gramática y Latinidad en diferentes ciudades neogranadinas, la actividad de las universidades continuó, se crearon nuevos colegios, una Biblioteca Real y varias particulares, al tiempo que era frecuente el autodidactismo. Es decir que en la sociedad colonial existía una variedad de posibilidades para conocer a los clásicos y adquirir rudimentos sobre la historia, la literatura y la filosofía de Grecia y Roma. Por lo tanto, siguiendo las reflexiones del historiador Renán Silva, el autor considera que el aprendizaje del latín y la cultura clásica formaba parte de la educación elemental de distintos grupos sociales, no solo de la élite.

El cuarto capítulo se refiere a la percepción del tiempo y el espacio de la antigüedad clásica que tenían los próceres neogranadinos. Anota Ricardo del Molino que el tiempo que separaba a la generación de 1810 de la antigüedad clásica era percibido de manera imprecisa; se consideraba que ambas épocas estaban separadas por “centenares de años”. Los criollos neogranadinos parecen haber percibido el pretérito como un tiempo indefinido e impreciso, es decir ahistórico. Y, en cuanto al tiempo de las culturas clásicas existía entre los criollos una noción de distancia igual a la sentida por los peninsulares. Con respecto a la geografía, esta era concebida por los criollos como el respectivo ámbito de influencia de cada uno de dos binomios: Atenas/Esparta y Roma/Cartago. Al igual que lo ocurrido en Europa, la imagen construida sobre las dos civilizaciones antiguas se caracterizó por su estatismo y homogeneidad, motivo por el cual eran escasas las referencias a ciertas regiones griegas que cuando eran mencionadas vinculaban a héroes o tiranos. Desde este punto de vista, la antigüedad grecorromana es un tiempo y un espacio idealizado y homogéneo que permitía convertirlo en paradigma de cuanto postulado se deseara. Idealización similar a la de los norteamericanos y franceses, propia de la tradición occidental que, en momentos como el de la emancipación, se ajustó a las necesidades políticas del momento.

El quinto y último capítulo se refiere a los usos políticos de la antigüedad, entre los cuales estuvo el de servir de sustento a la legitimidad de la

independencia, recurriendo a la autoridad de Tito Livio, Tácito, Licurgo, Solón, Platón, Catón y Cicerón y a los *exempla* de Roma al sacudirse de la dominación de los tiranos; de Esparta y Atenas en sus luchas contra el imperio; y de España, Francia e Inglaterra que habían sido colonias de Roma, pero en determinado momento se convirtieron en repúblicas. Otros usos del legado clásico por parte de los criollos salieron a relucir en sus polémicas entre federalismo y centralismo, o al momento de presentar a la ciudadanía modelos de virtud, patriotismo y valores republicanos. Según el autor: “en el imaginario político criollo, los griegos son el paradigma de ciudadanos libres, los espartanos arquetipo de hombres estrictos y sacrificados y los romanos se convertirán en el ideal de virtuosos republicanos”.⁹

Entre las conclusiones de esta obra vale destacar, en primer lugar, que se reconoce el carácter elitista del uso del pretérito grecorromano. Segundo, se asegura que los próceres neogranadinos no tergiversan, inventan, ni adulteran el mundo grecorromano, sino que simplemente seleccionan y reivindican de manera interesada ciertos pasajes, héroes y acciones. En tercer lugar se anota que, además del carácter retórico-argumental de las referencias clásicas entre el patriciado criollo, estas tuvieron una dimensión política innegable. Hay que abonarle al autor que reconoce los perfiles modestos de esta influencia: “esto no significa que la Tradición Clásica sea una fuente nutricia de la ideología de la independencia colombiana al mismo nivel que las ideas políticas provenientes de los teóricos revolucionarios estadounidenses, de los *philosophes* franceses ilustrados o de la tradición escolástica castellana”.¹⁰

Como puede verse, en términos generales se trata de un libro interesante, que propone un nuevo tema de estudio a la historiografía sobre la Independencia de los países andinos. Trabajos similares podrían emprenderse para los casos de Ecuador, Venezuela, Bolivia o Perú, permitiendo una mirada comparativa en torno a la recepción, apropiación y usos políticos de la cultura clásica en los procesos de emancipación y formación de los diferentes estados nacionales. Claro, sería deseable evitar la presentación cronológica, un tanto monótona para el análisis de la información, y avanzar hacia el planteamiento de alguna problemática que permita ir más allá de las evidencias proponiendo una línea de argumentación en torno a la cual estructurar los resultados de la investigación efectuada.

Rodrigo de J. García Estrada

Departamento de Historia, Universidad de Antioquia

9. Ricardo del Molino García, *Griegos y romanos*, p. 190.

10. *Ídem*, p. 221.

ALFONSO REECE DOUSDEBÉS, **MORGA: SUCESOS DE LA REAL AUDIENCIA DE QUITO**, QUITO, ALFAGUARA, 2007, 263 pp.

Si otras prestigiosas revistas académicas, como la *Hispanic American Historical Review (HAHR)*, han publicado alguna vez reseñas sobre novelas históricas, como por ejemplo sobre *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez, no debe extrañar que *Procesos* publique el presente comentario sobre esta novela que se basa en la vida de don Antonio de Morga Sánchez Garay y López de Garfias, octavo presidente de la Real Audiencia de Quito, quien nació en Sevilla en 1559 y murió en Quito en 1636, a los 77 años. Morga ocupó la Presidencia de Quito por dos décadas, desde 1615 hasta su muerte, lo que lo convierte en “el magistrado que ha gobernado este país durante más tiempo, tomando en cuenta tanto la Época Hispánica o Colonial como la Época Nacional o Republicana”, como lo hacía notar en mi primer estudio histórico profesional.¹

La circunstancia de que es muy posible que más personas lleguen a saber algo del presidente Morga a través de este libro que mediante cualquier otro que sobre él se haya escrito, también abona a que los historiadores lo conozcamos.

Lo primero, pues, que debe quedar claro, es que se trata de una novela, no de un estudio histórico, y por lo mismo debe ser apreciado como una obra literaria, no científica. Sin embargo, es una novela histórica, se basa en hechos reales, pretende reconstruir a un personaje y a su tiempo, la portada se basa en un retrato de la época del personaje (aunque eso no se indica) y al final del libro aparece una bibliografía.

La novela está escrita en primera persona, gracias al recurso más socorrido en este tipo de obras: el supuesto encuentro de un manuscrito hasta ahora desconocido. En efecto, como lo explica una nota inicial de Reece como “editor” de la obra, “alguien que sabía de mi afición a coleccionar viejos documentos” lo adquirió “a un anticuario de Lima”, y se lo regaló. El manuscrito, titulado “Sucesos de la Real Audiencia de Quito” resultó ser obra del presidente Morga, ya de 77 años, quien “se limita a decir su verdad a sabiendas de que la muerte ya viene por él” y de que está por llegar de España una sentencia en su contra. Pero como el legajo original está en mal

1. “El doctor Antonio de Morga, octavo presidente de la Real Audiencia de Quito”, tesis de licenciatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Quito, 1973, 142 pp., que se publicó en forma amplia, aunque no completa, en *Quitumbe: Revista del Departamento de Historia y Geografía de la PUCE*, No. 3, 1973, pp. 1-112. La cita es de la p. 95 de esa revista.

estado, el editor se ha tomado la libertad de modernizar y completar ligeramente el texto, recurriendo a “suposiciones (...)”, consulta a otras fuentes [que constan en la bibliografía final] y (...) la ayuda de expertos”. La obra, sin embargo, seguiría siendo de Morga, porque las intervenciones de Reece “no superan una centésima parte del texto” (pp. 9-11).

El arbitrio descrito es creíble porque Morga, hombre inteligente, culto y con una notable educación universitaria, escribió numerosos informes y memoriales que constituyen verdaderos estudios sobre temas que ahora llamaríamos políticos, económicos, históricos o antropológicos. De manera particular, fue el autor de *Sucesos de las islas Filipinas*, una amplia relación autobiográfica e histórica que fue publicada en 1909, en Madrid, por W. E. Retana, junto con varios otros documentos y un excelente “Estudio preliminar”. Ese libro de Morga y el meticuloso trabajo de Wenceslao Retana son las fuentes en las que hemos bebido todos los que hemos escrito sobre Morga, inclusive el historiador estadounidense ya fallecido John Leddy Phelan, cuyo libro *El Reino de Quito en el siglo XVII* tuvimos el gusto de publicar en castellano, por dos ocasiones, en el Banco Central del Ecuador.

Está claro que Reece se nutre principalmente en las citadas obras de Morga, Retana y Phelan, aparte de otros libros como la *Historia general de la República del Ecuador* de Federico González Suárez y la *Breve historia contemporánea del Ecuador* de Jorge Salvador Lara. No parece tener un conocimiento exhaustivo de otros trabajos y documentos sobre el personaje, ni podríamos achacárselo como defecto, porque –no lo olvidemos– lo suyo no pretende ser un estudio histórico sino una creación literaria.

Es, pues, en el plano de la ficción donde podemos aquilatar el valor del *Morga* de Reece. Y la ficción debe ser verosímil, condición a la que no necesariamente se sujeta la realidad, como alguien ha observado con agudeza. Y bien, ¿es verosímil la novela de Reece? ¿Es creíble el Antonio de Morga que emerge de sus páginas? ¿Lo son los demás personajes con los que vive en la novela? ¿Reconstruye plausiblemente el ambiente del Reino de Quito del primer tercio del siglo XVII en el que vivió don Antonio?

Como historiador, me gustaría poder optar por la negativa y recomendar que los lectores acudan a los trabajos académicos para encontrar “la verdad”. Pero, en este caso al menos, esa sería una actitud mezquina. Creo que Alfonso Reece ha hecho un buen trabajo. En veinte ágiles capítulos supuestamente “autobiográficos” nos cuenta quién es el doctor Morga, cómo fue a las Filipinas como funcionario del Gobierno imperial, sus hechos en aquellas remotas islas y sus observaciones sobre ese país y sus gentes, su traslado a la Audiencia de México y, finalmente, su nombramiento como Presidente de la Audiencia de Quito.

Un poco más de la mitad del libro está dedicado a la etapa quiteña de Morga: su visión del país; los acontecimientos de su historia en los que tuvo un rol protagónico; sus aventuras amorosas, llenas de sensualidad; sus relaciones a veces ásperas y conflictivas con clérigos y otros personajes poderosos; la visita general a cargo del inquisidor Juan de Mañozca, que habría de resultarle tan contraria; sus matrimonios (Morga se casó tres veces) y una despedida final en la que ya presiente su muerte y la drástica sentencia en su contra que habría de emitir el Consejo de Indias, y que en la realidad llegó después de su fallecimiento.

Como resulta natural en una novela, el libro no trata en profundidad –como sí lo hizo el propio doctor Morga en sus informes– sobre aspectos geopolíticos, económicos y culturales del Reino de Quito dentro del imperio español, pero en cambio se deleita en describir los amores y los placeres de don Antonio, que ciertamente fue un seductor, mujeriego y jugador en la vida real, pecados que el inquisidor Mañozca se complació en dejar fehacientemente documentados.

Pero ese sesgo de la novela, que posiblemente le dé un mayor interés humano y sin duda le significará numerosos lectores, vendría a ser la principal limitación del libro en cuanto a su aporte histórico. En efecto, Mañozca se preocupó de evidenciar los pecados del doctor Morga, pero no de justipreciar la totalidad de su obra como gobernante. Llevado de esa misma perspectiva, el Consejo de Indias lo condenó a pagar la enorme multa de 31.300 ducados, que equivalían a su salario de seis años y medio, a la suspensión del desempeño de su cargo y a la privación de su sueldo y demás emolumentos y honores.² Esa misma visión moralista, digámoslo de paso, oscurece el juicio de historiadores tan notables como el propio González Suárez, que también lo deja mal parado. Pero una concepción histórica más integral y moderna exigiría una comprensión más amplia de la totalidad de la acción de Morga, no solamente de sus pecados. Y si tal concepción no se logró sino con los trabajos históricos de la segunda mitad del siglo XX, no se podría pedir que la logre una novela sobre el personaje.

Carlos Landázuri Camacho

Pontificia Universidad Católica del Ecuador
Banco Central del Ecuador

2. Ver Carlos Landázuri, "El doctor Antonio de Morga", pp. 88-89.

JEAN-PAUL DELER, *ECUADOR, DEL ESPACIO AL ESTADO NACIONAL*, BIBLIOTECA DE HISTORIA NO. 24, QUITO, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL/INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS, 2008, 2A. ED. CORREGIDA Y AUMENTADA, 496 pp.

Ante todo hay que felicitar a todos quienes han tenido la excelente idea de hacer una nueva edición de un libro que se ha convertido en un clásico de la geografía ecuatoriana y que, al mismo tiempo, es de historia nacional. Se trata de *Ecuador, del espacio al Estado nacional* de Jean-Paul Deler. Corregida, aumentada y sobre todo muy bien editada, esta gran obra sobre la realidad ecuatoriana ha sido efectivamente objeto hace poco de su segunda edición en español –después de dos decenios de la primera–, habida cuenta que su original en francés (bajo el título de *Genèse de l'espace écuatorien*) fue publicada en 1981 por el IFEA (Instituto Francés de Estudios Andinos) que, en esta ocasión, participa como coeditor junto con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y la Corporación Editora Nacional.

Tal es la dimensión de esta obra de Deler que, sin la más mínima exageración, se la puede legítimamente inscribir con brillo en la serie histórica –aunque poco nutrida, hay que reconocerlo– de los libros especializados en geografía ecuatoriana. Si en el siglo XIX en esta serie se destacan –aunque con valores científicos desiguales– tanto la primera geografía ecuatoriana de Manuel Villavicencio (1858), como la gran obra de Teodoro Wolf (1892), en el siglo XX, pocas obras de geografía nacional pueden competir en el mismo nivel con la de Deler, lo cual, por supuesto, no significa desconocer el mérito de los grandes logros que, por ejemplo, en materia de cartografía histórica significó el famoso *Atlas histórico-geográfico* de Juan Morales y Eloy (1942) y, en múltiples temáticas (geografía histórica, de la población, física, agraria y urbana), los tan poco difundidos cinco voluminosos tomos de la *Geografía básica del Ecuador* (1983-2002).

Ahora bien, ¿por qué se puede afirmar que es de actualidad un libro cuya elaboración fue el resultado de investigaciones que el autor realizó durante los años setenta del siglo pasado? ¿Es acaso una simple coincidencia el hecho de que una nueva edición de un clásico libro de geografía nacional aparezca en momentos en que –por razones de elaboración de una nueva Constitución Política– en la sociedad ecuatoriana no se deja de pensar, hablar, discurrir y discutir sobre temas tales como la reforma territorial del Estado, la identidad nacional y sobre la misma naturaleza de la nacionalidad y Estado ecuatorianos? ¿No es acaso que muchas de las hipótesis que

Deler trata de evacuar en su obra –gracias a un gran esfuerzo de rigurosa investigación y ordenada exposición– no versan sobre temas nacionales que tanto preocupan hoy en día a la élite política ecuatoriana?

Dos citas que el autor expone en lugar privilegiado de su obra dicen mucho del contenido y de la orientación intelectual del libro. Ambas giran en torno a la idea de nación. Es así como, si según la cita del suizo Jean Ziegler, “El territorio es, probablemente, el contenido [de la nación, subjetividad colectiva] más poderoso de todos” (p. 21), por otra parte, según la del filósofo francés Henri Lefebvre, “la nación no sería sino una ficción proyectada de la burguesía sobre sus propias condiciones históricas y sobre su origen” (p. 397).

Al parecer, entonces, sería con este género de inspiraciones que el autor construye la arquitectura de su investigación: como prolegómeno establece una fuerte duda (es “deleznable”, dice) sobre la continuidad histórica de un espacio quiteño “que justifica implícitamente la existencia de una nación ecuatoriana” cuyo grado de acabamiento merece una interrogación (p. 13). Luego, al diseñar con claridad las preguntas que son el eje de su investigación, las formula como sigue: “cómo y por qué de la individualización ecuatoriana en el espacio andino” (p. 14); en otros términos ¿cómo y por qué el Ecuador goza de identidad y diferencia con relación a sus vecinos andinos?

Para procesar tan geográficas preguntas el autor no puede sino proponer hipótesis también muy geográficas “de fuerte carga explicativa”, entre las que se destaca la que tiene que ver con las relaciones entre las tierras altas y bajas, vale decir entre la Costa y la Sierra y entre esta última y la Amazonía. ¿No evocan claramente estos planteamientos las propuestas, actualmente revitalizadas, de crear regiones “horizontales” que en cierta forma sustituirían a la tradicional organización “vertical” de las vigentes provincias ecuatorianas?

En su documentada exposición, orientada a dar amplia respuesta a las preguntas centrales de la obra, el autor lo hace en dos grandes partes de extensiones bastante equilibradas. La primera, “Claves para la formación del territorio ecuatoriano”, está dedicada a dos grandes temas de geografía histórica ecuatoriana que son, al mismo tiempo, sendas temáticas nacionales de enorme peso en la configuración de nuestra idiosincrasia: la unidad y el fraccionamiento del área andina (que podría traducirse en unidad en la diversidad) y, por otra parte, la red de conexiones entre las tierras altas y bajas (que remite a una visión más relacional que sustancialista de nuestra geografía y, por tanto, de nuestra sociedad nacional).

La segunda parte, sin ser exclusivamente diacrónica como dice su título, es en su mayor parte una reconstrucción histórica de la sucesión de formas ecuatorianas de organización espacial, desde el siglo XVI hasta el XX. Tres

capítulos contiene esta parte: el inicial aborda la estructura del espacio ecuatoriano durante la Audiencia de Quito; el segundo trata del siglo XIX durante el cual se forma y consolida la “estructuración del núcleo central del espacio nacional”; finalmente, el tercer capítulo contiene un tratamiento sincrónico de la “organización del espacio ecuatoriano contemporáneo”.

Además de las dos partes centrales de la obra, el libro incluye dos anexos. El primero –que ya constaba en la primera edición– versa sobre la relación entre los “mayores desafíos naturales” (los Andes, el espacio selvático y la cuenca del río Guayas) y las diferentes organizaciones correspondientes del espacio ecuatoriano (en síntesis, meridianidad de las redes andinas, débil densidad y marginalidad amazónicas, y estructura fluvial de una de las fracciones geográficas más importantes del país). Como puede constatarse fácilmente, se trata de una clásica visión ecológica, en el sentido geográfico del término, donde el centro de la observación científica es el conjunto de las relaciones que mantiene una sociedad humana con su entorno físico.

El segundo anexo es la traducción del artículo que el autor escribió sobre el Ecuador en la nutrida y voluminosa *Géographie Universelle* (10 volúmenes, 100 geógrafos, casi 5.000 páginas) dirigida por el geógrafo francés Roger Brunet, de cuya amplia teoría geográfica Deler se inspira para entender las “estructuras elementales del espacio ecuatoriano”. Estructuras tan sugerentemente expresadas en los modelos gráficos (pp. 431 y 432), especie de cartografías de un Ecuador ultrasintético en las que solo lo esencial cuenta. En cierta forma, este anexo es una gran síntesis, actualizada y depurada, de la obra que hoy se reedita.

En este segundo anexo destaca la explicación de los siete coremas (corema, estructura elemental del espacio geográfico, según Brunet) en donde se conjugan las realidades puramente biofísicas (el efecto andino y el efecto Humboldt-Niño) con las de orden geosocial (bipolaridad; meridianidad y cierre oriental; despliegue de los frentes pioneros; centro, periferia y márgenes, y la explotación de una materia prima, el petróleo).

De la abundancia temática tratada en la obra, lo que probablemente más destaca por su cualidad reveladora es la amplia argumentación en favor de la siguiente tesis: es durante el “siglo XIX ecuatoriano” (1809/1830-1920) cuando se forma y consolida el núcleo central del espacio nacional. Sin duda esta parte es el eje nuclear del libro, física e históricamente: ocupa casi un centenar de páginas centrales (pp. 219-515), pero también y sobre todo porque está precedido por el estudio de su génesis y continuado por el análisis de su desarrollo contemporáneo. Tres son las categorías de criterios que permiten, según el autor, entender este proceso, clave de la historia del espacio nacional, a saber: los cambios en la distribución geográfica de la población entre Sierra y Costa; el impacto de las tecnologías en las comuni-

caciones interiores y, finalmente, la multiplicación de los intercambios interregionales.

A su vez, al desglosar cada una de estas categorías de criterios, el autor las diferencia de la siguiente forma: para la primera hace referencia, ante todo, al “despegue” demográfico de la Costa (“revolución” demográfica manabita de fines del siglo XVIII y reforzamiento migratorio entre Sierra y cuenca del Guayas), para luego tocar el tema del crecimiento económico y modificación de la jerarquía urbana (constatando, por ejemplo, que Guayaquil superó en población a Cuenca alrededor de 1830 y a Quito por los años de 1880) y, finalmente, abordando la evolución de la estructura administrativa (comprobando, entre otros hechos, que las parroquias de la Costa se duplicaron en número entre 1830 y 1909).

En lo que toca a la segunda categoría de criterios, Deler pone énfasis en el gran incremento de la navegación fluvial (si en 1863 se forma la primera compañía de navegación fluvial a vapor, en 1910 ya circulaba un medio centenar de vapores sobre el Guayas y sus principales afluentes), así como en la gran obra del ferrocarril y en el inicio de una verdadera integración nacional (si a principios del siglo XIX el comercio entre Costa y Sierra se hacía mediante la concatenación balsas-mulas-cargadores-indígenas, a su final preveía el eslabonamiento vapor-ferrocarril).

Finalmente, en lo que concierne a la tercera categoría de criterios –la multiplicación de los intercambios interregionales–, el autor recalca el hecho del primer gran impulso a la formación del mercado interno y más particularmente la expansión económica de la Sierra central, contradiciendo de esta forma el estereotipo según el cual la Costa, en ese entonces, hubiera sido la sola región dinámica y “útil” frente a una Sierra, caracterizada por el arcaísmo y el oscurantismo.

Colofón: es de desear que la segunda edición del libro de Deler produzca un fuerte incentivo a la reflexión geográfica –y geopolítica– sobre el Ecuador. Por ende, que sirva para atenuar esa situación tan paradójica y tan nacional que consiste en gozar de una geografía excepcional (biofísica y humana) y, al mismo tiempo, sufrir de una marcada deficiencia en la producción y difusión del conocimiento geográfico.

Juan Bernardo León V.

OLAF KALTMEIER, **JATARISHUN. TESTIMONIOS DE LA LUCHA INDÍGENA DE SAQUISILÍ (1930-2006)**, COLECCIÓN POPULAR 15 DE NOVIEMBRE, NO. 10, QUITO, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/UNIVERSIDAD DE BIELEFELD/CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2008, 330 PP.

Este libro, escrito por Olaf Kaltmeier, investigador de la Universidad de Bielefeld, con la colaboración de tres militantes de la organización indígena Jatarishun, Arturo Ashca, Mario Castro y Carmen Cofre, aborda la historia de un movimiento indígena particular, el de Saquisilí, a partir de testimonios de algunos de sus protagonistas (dirigentes, activistas de izquierda, religiosos, periodistas y militantes de base). El objetivo del libro no es escribir una obra académica sino dejar que los protagonistas de esas luchas cuenten su experiencia.

Saquisilí es un cantón de la provincia de Cotopaxi, mayoritariamente rural (según el INEC, en 2001, el 74,85% de la población del cantón vive en el área rural). Casi el 100% del cantón es indígena pero hay una división étnica del territorio entre lo urbano, donde predominan los mestizos, y lo rural, indígena. También el espacio público en la ciudad se caracteriza por su división étnica. El autor afirma que “durante el siglo XX Saquisilí fue un verdadero calidoscopio del movimiento indígena ecuatoriano de la Sierra” (p. 7). Y lo confirma a lo largo del libro.

Después de haber repasado los datos esenciales de la situación económica y social del cantón, Olaf Kaltmeier se dedica a contar la historia de Saquisilí entre 1930 y 2006. El relato empieza cuando el terrateniente Alejandro Gallo Almeida muere y hace la donación de su hacienda a la Universidad Central del Ecuador, la que se convierte en el único propietario a partir de 1935, gracias a un decreto presidencial.

El primer capítulo constituye la parte más original del libro. Cuando se habla de los movimientos indígenas, tenemos la tendencia de datar su emergencia en los años 1960 o 1970 durante los cuales estamos acostumbrados a mencionar el “despertar indígena”. La fecha elegida, 1930 (por falta de datos y de archivos anteriores), apoya el hecho de que los indígenas ya estaban activos, ya habían empezado sus luchas y que la década de 1970 corresponde, más bien, a una toma de conciencia política, de la necesidad de organizarse para defender sus derechos. Entonces, la resistencia indígena empezó en 1930 con la ayuda de organizaciones de izquierda como la FEI. La principal reivindicación hasta los años 1970 fue la lucha por la tierra, con las primeras ocupaciones de haciendas y las dos reformas agrarias en 1964 y 1973.

Un nuevo ciclo de movilizaciones empieza en los años 1970 en el cual aparece la división clase/etnia. Las reivindicaciones cambian y se concentran en la cultura y la educación. En los años 1979 y 1980 se forman las organizaciones de segundo grado (de nivel cantonal o parroquial) y de tercer grado (de nivel provincial). En Saquisilí nace primero, en 1983, la Casa Campesina de Saquisilí, que dará origen, años después, a la Jatarishun. Esta última es una organización de segundo grado que hace parte del MICC (Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi) y su importancia se afirma durante los levantamientos de los años 1990. En esa época, las reivindicaciones económicas adquieren mayor importancia.

Las dos últimas etapas representan la emergencia nacional del movimiento indígena durante los años 1990, cuando la CONAIE crece y participan en la escena política nacional a través del movimiento Pachakutik. En Saquisilí, el candidato del movimiento obtiene, desde su primera participación en 1996, la alcaldía del cantón, desde donde se impulsó una nueva manera de hacer política. Además, los levantamientos han mostrado la capacidad de movilización del movimiento indígena que se convirtió, desde 1990, en un referente de los movimientos sociales y aumentó su visibilidad en la escena política nacional. Desde su participación en el gobierno de Lucio Gutiérrez, sin embargo, el movimiento indígena se debilita a nivel nacional aunque mantiene su fortaleza a nivel cantonal.

En estos últimos años surgieron tensiones organizativas y sociales en Saquisilí, sobre todo en la Jatarishun: ¿Cómo se puede participar en política con la gestión del municipio (que implique dificultades a resolver con pragmatismo) y al mismo tiempo, seguir reivindicándose como movimiento social? Además, uno de los problemas de la Jatarishun consiste en cómo administrar el municipio de manera intercultural. Se nota, todavía, una división étnica en el cantón: los mestizos se sienten excluidos de los cargos políticos controlados por los indígenas y discriminados por las políticas públicas tomadas por el municipio. Por fin, existe un conflicto fuerte en el movimiento indígena entre católicos y evangélicos. Por el momento, la fuerza organizativa de Jatarishun no dejó espacio para una organización evangélica. Pero para mantener esta unidad, los dirigentes están conscientes de que se debe integrar tanto a los católicos como a los evangélicos.

La obra nos permite recordar y documentar el importante papel de las organizaciones y partidos políticos de izquierda, de la Iglesia católica, o más precisamente de la corriente influenciada por la Teología de la Liberación, que, en el caso de Saquisilí, estuvo representada por las hermanas de la orden de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. El trabajo muestra, también, el papel de las ONG nacionales e internacionales en la estructura del movimiento indígena. Ese papel es claro a nivel local tanto en la formación

y la organización del movimiento como en la educación y el aprendizaje del castellano.

Este trabajo se sitúa en la misma línea del libro de Lourdes Tibán, Raúl Ilaquiche y Eloy Alfaro sobre la historia del MICC,¹ en el cual las nuevas generaciones indígenas pueden acceder a archivos de la historia de la organización. El libro de Olaf Kaltmeier es un complemento que cuenta la historia de una de las organizaciones que forman parte del MICC. Podemos cotejar testimonios parecidos en el caso de la creación de Jatarishun y del MICC; por ejemplo en la lucha contra los mestizos, en el mismo tipo de problemas financieros, en el costo individual del compromiso en la organización; entre otros.

Para los jóvenes y las nuevas generaciones de dirigentes indígenas, la lectura de este libro aporta el testimonio de quienes lucharon a nivel local en el pasado. Esto porque en la medida en que la participación política permite acceder fácilmente a los puestos más altos del Estado ecuatoriano, puede generar reacciones de desinterés por el trabajo pesado pero necesario de concienciación en las comunidades. Estas actitudes son muy peligrosas para el futuro del movimiento indígena.

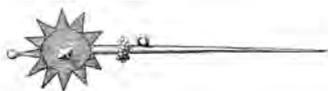
Hay que notar también, sobre todo en este período de debilitamiento del movimiento indígena y de su fracaso en la participación política nacional, que, al nivel local, ha encontrado éxitos importantes, especialmente en Saquisilí y en la provincia de Cotopaxi. Aquí se inventó una nueva manera de hacer política para superar la corrupción y el clientelismo obligando a los elegidos a rendir cuentas de las políticas adoptadas; y transparencia en el manejo de los recursos.

Aunque el reconocimiento y el respeto por los indígenas es mayor que en el pasado, aún persisten muchos rasgos del racismo y desprecio hacia lo indígena. Esto solo podría superarse haciendo funcionar una verdadera interculturalidad entre indígenas y no indígenas, de tal forma que ninguna persona se sienta excluida o discriminada. Junto a ello, persisten problemas económicos y sociales que la alcaldía de Saquisilí no ha logrado resolver, como la falta de agua y la fuerte migración hacia las ciudades, por ejemplo.

Matthieu Le Quang

Instituto de Estudios Políticos de Aix-en-Provence (Francia)

FLACSO-Ecuador



1. Lourdes Tibán, Raúl Ilaquiche y Eloy Alfaro, comps., *Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi (MICC). Historia y proceso organizativo*, Latacunga, s.e., 2003.